

ÁNGEL VIÑAS*
PRESENTACIÓN

La literatura existente, en castellano y otros idiomas, sobre la Segunda República, la guerra civil y el franquismo es inabarcable en su variedad. Es más, no cesa de crecer. Cada mes aparecen nuevos títulos. A veces para arrojar luz sobre aspectos que siguen siendo muy debatidos. Con harta frecuencia, para refritar lo ya conocido. En los últimos años para continuar presentando visiones distorsionadas y profundamente ideologizadas. En algún caso, como se verá al final de este libro, para regurgitar auténticos dislates.

La idea de esta obra surgió a mitad de 2011. El lector recordará que, tras una auténtica primicia del diario madrileño Público, los medios se hicieron eco entonces de las discusiones que despertaron ciertas entradas del denominado Diccionario Biográfico Español, de la Real Academia de la Historia (RAH). Levantaron enorme controversia algunas de las relacionadas con el período 1931-1975. Franco apareció bajo una luz rosada, algo inimaginable en el caso de una institución comparable en cualquier país europeo con los restantes dictadores autóctonos del siglo XX. La experiencia republicana fue demonizada. La guerra civil resurgió en ocasiones como una lucha contra los «rojos». En algunas de las entradas aireadas en la prensa fue imposible desconocer el sesgo antidemocrático y a veces próximo a las querencias de la extrema derecha española. Todo ello presentado, bajo la autoridad de la augusta Institución, como si fuese la última palabra en historia.

En medio de aquella controversia, el editor Gonzalo Pontón me sugirió si no sería oportuno que, con vistas a los debates ulteriores, coordinase un «contradiconario». No me sedujo. Tras terminar el curso, estaba enfrascado en cuatro proyectos. Los planos eran ya perentorios para tres de ellos, de los cuales uno era europeo. Asumir otro era peligroso.

Sin embargo en los cursos de verano de la Universidad Complutense en El Escorial me había comprometido a celebrar uno sobre los «Mitos del 18 de Julio, 75 años después» (cuyas ponencias confío no tarden demasiado en salir a la luz). Fue en este marco en el que me cupo el honor de presidir una mesa redonda para examinar un centenar de entradas, escogidas aleatoriamente, del diccionario de la RAH. El resultado fue patético, con frecuencia no exento de aspectos cómicos. No dejaron otra alternativa los incontables errores y equivocaciones, a veces propios de estudiantes poco avezados de escuela secundaria. Dos ejemplos: Santiago Casares Quiroga apareció como el último presidente del gobierno republicano. El no menos desconocido biógrafo del general Antonio Cerdán ignoraba incluso su autobiografía, un libro de referencia del cual se han tirado no menos de tres ediciones, la última y más completa hace solo pocos años. He de confesar que muchos de los autores de aquellas entradas han quedado prendidos, para mí, en el descrédito profesional más absoluto. Incluyo entre ellos a un par de

* AA. VV., *En el combate por la Historia. La República, la guerra civil, el franquismo*. Madrid, Ed. Pasado y presente, 2012.

eminentísimos académicos que reescribieron biografías de dos personajes que probablemente les parecerían poco estudiados por otros historiadores: Manuel Azaña y Francisco Franco.

Simultáneamente, la revista Temas para el Debate me había propuesto que escribiese un artículo sobre las perplejidades que me suscitaba el ya famoso diccionario. Al prepararlo, las preguntas se plantearon por sí mismas. ¿Cómo la RAH había podido caer en semejante desvarío? ¿A quién o quiénes, en concreto, correspondía la responsabilidad? ¿Cómo y con qué criterios se había elegido al equipo que seleccionó los autores que debían resumir el conocimiento objetivo sobre los protagonistas del período 1931-1975? ¿Había existido algún tipo de control de calidad mínimo? ¿Quién y cómo lo había ejercido? ¿Había alguien advertido los innumerables errores?

En resumen, una mezcla de disgusto y conciencia de que el público español se merecía otra cosa me indujeron a aceptar la propuesta. Se intensificó al comprobar la paralela estupefacción de los participantes en la mesa redonda escurialense ante los fenómenos combinados de disparates, distorsión y ninguneo que, con su conocimiento de expertos, detectaron adicionalmente. Para mayor inri, uno de ellos puso de relieve que las entradas que tanto se incriminaban iban en contra de los propios preceptos metodológicos aprobados solemnemente por la RAH misma. La deriva constatable merecería un estudio analítico más detallado. Siquiera para aclarar responsabilidades porque me cuesta trabajo pensar que todos los académicos sin excepción dieran su luz verde a tamaños dislates, algunos de los cuales se airearon en los medios. El particular olor rancio y a naftalina de muchas de las entradas lo recogió muy bien, por aquella época, Joaquín Prieto, en El País (31 de julio de 2011).

No extrañarán dos cosas: que todos los miembros de la mesa figuren en esta obra y que cundiera entre nosotros la sensación de que el diccionario, a pesar de los ditirambos que se le dedicaron desde la propia Institución, no era, ni más ni menos, que una provocación. Provocación a los hechos, al conocimiento, a la historia y a los historiadores. Más aún, en último término, a la sociedad española y al prestigio de España. No he de entrar aquí a valorar la voluntad de, tras un período de enfriamiento y quizá esperando a la constitución de las nuevas Cortes en la presente legislatura, distribuir los cincuenta tomos del diccionario como si no hubiera pasado nada.

De aquel cuestionamiento nació el germen de este libro, cuyo título está tomado prestado al de uno de los conocidísimos ensayos de Luden Febvre, autor francés que junto con Marc Bloch más ha influido en varias generaciones de alevines de historiador. Una respuesta científica a tal provocación. No, sin embargo, en el mismo molde. Puesto que ciertos autores del diccionario de la RAH manipulaban y desvirtuaban, había que poner coto a sus ideológicas reconstrucciones. De aquí la necesidad de proceder a través de un número de temas que permitieran al lector recorrer el período comprendido entre 1931 y 1975, muchos de cuyos protagonistas tan desfigurados aparecían en el Diccionario Biográfico Español. Hemos evitado, conscientemente, la camisa de fuerza que impondría un análisis diacrónico, de los que ya existen en número abundante. El lector podrá, a su libre arbitrio, adentrarse en este libro bien por etapas, por temas o por personajes. A su aire y a su conveniencia. Quizá algunos de quienes nos hagan el honor de leerlos podrán

comprobar por sí mismos que mucho de lo que han servido una parte de los autores de la RAH, bajo el manto de su autoridad y al socaire de sus entradas biográficas, es, en realidad, sopa boba, eso sí, pagada por el sufrido contribuyente.

Un enfoque como el elegido para esta obra entraña varias dificultades. En primer lugar la selección de temas. En segundo lugar, la de autores. Sobre la base de un borrador previo, numerosas discusiones obligaron a incrementar el número previsto. La decisión final se tomó teniendo en cuenta dos necesidades: la conveniencia de centrarnos de preferencia en los aspectos políticos, institucionales, culturales y militares —en los que las controversias públicas son más intensas y muchas de las entradas del diccionario de la RAH más sesgadas o erróneas— y la de cubrir en la mayor medida posible el decurso histórico. Algunas dimensiones se examinan desde perspectivas varias en diferentes artículos, pero sin que medien soluciones de continuidad demasiado amplias entre unos y otros. En tal sentido, bien puede decirse que la presente obra encierra un análisis de las claves fundamentales para comprender la evolución histórica española desde la instauración de la República hasta el fallecimiento de Franco tal y como la ha ido articulando en general la historiografía crítica.

Determinados los temas, la selección de autores se hizo de forma natural: buscando a los expertos más destacados en cada uno. Especialistas conocidos por sus publicaciones, su orientación por la investigación y no la mera divulgación y su familiaridad con archivos, españoles y extranjeros. No todos los previstos acudieron. Dificultades de calendario, excesos de trabajo o compromisos de diversa índole llevaron a varios a declinar la invitación. De todas formas el lector puede tener la seguridad de que, si bien no están todos los que son, sí son todos los que están. Con una peculiaridad que deseo hacer explícita: siempre entendí que debía haber una representación de al menos tres generaciones. Los veteranos que llevamos publicando desde los albores de la etapa democrática e incluso antes. Los intermedios, de entre 40 y 50 años, que ya han ganado sus méritos más que sobradamente. Y los más jóvenes, que empiezan a darse a conocer con publicaciones relevantes y entre los cuales figurarán los grandes historiadores del futuro. En su conjunto el plantel reunido en este libro no tiene equivalente en ninguna otra obra en el mercado español o extranjero.

La guerra civil constituyó el gran parteaguas en nuestra historia contemporánea (no en su acepción académica que la retrotrae a la revolución francesa sino en la británica/norteamericana o en la alemana de la Zeitgeschichte). Desfigurada durante más de cuarenta años, los de la dictadura franquista, la dinámica interna a tal conflicto ha ido saliendo documentadamente a la superficie poco a poco. No es, pues, de extrañar que los temas relacionados con la guerra constituyan el meollo del presente libro. Hemos examinado casi todas sus dimensiones: desde la cultural en el largo período a las operaciones militares, desde los apoyos exteriores a la movilización interior o la evolución de las fuerzas políticas en presencia, ya sea en la zona gubernamental o en la controlada por los sublevados. No hemos esquivado problemas duros como la actitud de la Iglesia católica. También se han extraído significaciones no evidentes de hitos tales como la «unificación» o los «hechos de mayo». Sin entrar en discusiones académicas, ni mucho menos dignificar la subliteratura neofranquista que inunda tanto la red como las

grandes superficies en la España de nuestros días, en los veinte temas de esta parte creo que se desploma una buena porción de los perdurables mitos que entronizó y propagó el franquismo, incluidos los de la «revolución», el exilio y la posterior oposición armada en forma de guerrillas.

Ahora bien, no es menos imprescindible explicar cómo y porqué se llegó a la guerra y cuáles fueron sus consecuencias. La paciente investigación de muchos de nosotros, y de otros cuyas aportaciones se han reseñado siquiera someramente en las informaciones sobre bibliografía básica, ha puesto de relieve que el funcionamiento del sistema republicano entre 1931 y 1936 no conducía necesariamente a la guerra. La contraria es una tesis siempre sostenida por los autores profranquistas que, al fin y al cabo, se impusieron y continúan imponiéndose como primer deber el justificar la sublevación. La dinámica sí llevaba a una rebelión militar, en el surco de una estela de actividades conspiratorias iniciadas desde el primer momento por quienes nunca quisieron aceptar el nuevo régimen. No en vano pretendieron defender la vuelta en lo posible al statu quo previo y, poco más tarde, eliminar las reformas iniciadas durante el primer bienio (1931-1933) y reanudadas en la corta experiencia del Frente Popular (febrero a julio de 1936). Se fascistizaron, deslumbrados por ejemplos foráneos que enseñaban cómo podía someterse a una rígida disciplina al movimiento obrero al servicio de una «comunidad de raza», «una comunidad nacional» o un «Estado nuevo».

El caso español no fue, sin embargo, una mimesis del italiano o del alemán. A pesar de que, en la actualidad, autores neofranquistas y antirrepublicanos de toda laya procuran distanciar lo más posible las concepciones de la derecha española en los años treinta de lo que entonces aparecía como «modernidad» en su peculiar variante nazi-fascista, lo cierto es que constituyeron el basamento sobre el cual se construyó el «nuevo Estado» aprovechando la «feliz» circunstancia de la guerra civil. Los ocho temas que dedicamos a la República y algunos de los que figuran en la parte relativa a la contienda constituyen, en su conjunto, un análisis coherente que no busca otra cosa sino llevar al gran público los resultados de la más reciente investigación universitaria, necesariamente crítica.

Establecer como período de unidad histórica el «binomio» República-guerra civil es una falacia, por mucho que los manuales escolares sigan haciendo hincapié en ello. La unidad histórica básica es el binomio guerra civil-dictadura. Algo que apenas si aflora entre los autores encandilados con el «tranquilo» régimen impuesto en España durante cuarenta años. Años que fueron de exclusión, aunque ahora algunos pretenden retroproyectar tal experiencia a los bienios reformistas republicanos. No fue así: hemos aplicado el análisis a la triada ideas-verbo-ejecución. En algunos temas predomina el primer aspecto. En otros, el segundo. Hay quien se decanta a favor del tercero. El resultado indica que muchos de los autores (a veces total o casi totalmente desconocidos) que han participado en el diccionario de la RAH dieron gato por liebre a sus eventuales lectores entre los cuales nosotros, ciertamente, nos contamos.

En una gran parte del público las anteriores percepciones no han calado. Para explicar las razones hay que acudir a la mitología. En las páginas de esta obra no hemos dejado de invocar al principal mitógrafo español del siglo XX: el general Francisco

Franco. Cada una de las tres partes de este libro se abre con reflexiones suyas, tomadas de sus discursos de finales de año en el período 1956-1961, por tantas razones uno de los goznes históricos en torno al cual giró su largo régimen.

Traemos a colación estas reflexiones de Franco porque las mismas tesis subsisten en alguna infraliteratura, en la red y fuera de ella, en la que cuesta sangre, sudor y lágrimas reconocer el resultado de la guerra civil: una dictadura de base militar, nacionalcatólica y fascista que atrajo a todas las fuerzas que vieron en la confrontación misma la posibilidad de presentar en positivo lo que denominaron «contrarrevolución» y, a la vez, plasmar la configuración histórica del fascismo español. Como si la revolución, antes de la sublevación militar, hubiese estado a la orden del día.

A diferencia de ciertos manuales de historia de España en el siglo XX los trece temas que dedicamos al franquismo examinan sus presuntas luces y sus aspectos más sórdidos, ligados a la represión física, política, económica, social y cultural que practicó hasta el final. Se han abordado las dimensiones esenciales en las cuales se jugó su supervivencia: la construcción de un seguimiento político y social o la interacción con el exterior en donde encontró tanto apoyos (cambiados raudamente en cuanto se modificó la correlación de fuerzas externas) como también desprecio, un desprecio que duró, en varios aspectos, hasta su final. Hemos echado un vistazo a la desangelada política de la autarquía, el mercado negro y la contrarreforma agraria. Hemos ilustrado las circunstancias en que se produjeron el volantazo y cambio de rumbo de 1959 y entrado en los «felices años sesenta», con sus luces, sus sombras y la contestación que provocaron. Amén de otros ángulos de análisis. Hoy los exégetas del fenecido régimen siguen dale que te pego con el «cerco exterior» presentándolo, nada menos, como una «conjuración contra España». Otros se enzarzan en discusiones sobre la versión más actual de las querellas en torno al sexo de los ángeles. Equivalen a querer dilucidar en un solo adjetivo el carácter prístino del Régimen: más o menos «autoritario» pero no necesariamente «dictatorial» (sin olvidar a quienes se sublevan contra la categoría de «totalitario», tan querida de los politólogos de la guerra fría). Dejamos de lado, no obstante, la noción, cara al simpar generalísimo, de que su dictadura sería uno de los faros que alumbrarían el mundo del futuro, es decir, a NUESTRO mundo. En sus propias palabras:

Nuestro Movimiento ha visto en la pujanza y fuerza expansiva de las organizaciones sindicales [...] la prueba y la posibilidad práctica de fundar sobre estas entidades naturales y de vida auténtica y propia un sistema representativo y de libertad política. A medida que aquel error se reconozca en toda su entidad, cambiarán las bases más generales de pensamiento político y se descubrirán las posibilidades inmensas de las organizaciones naturales para un sistema representativo con todas las ventajas, sin ninguna de las gravísimas deficiencias del viejo sistema [...] Cuando las instituciones políticas decimonónicas se resquebrajan por todas partes, ¿cómo no pensar en reconocer su personalidad de Derecho público a las instituciones naturales y constituir políticamente la sociedad sobre ellas?

Finalmente en la tercera parte, hemos seleccionado una docena de personajes de primera línea. De nuevo no son todos los que están, pero sí están todos los que son. Sus biografías merecerían más páginas. En ninguna se ha escamoteado nada relevante ni se ha eludido el juicio histórico que nos merecen. Un contrapunto al Diccionario Biográfico Español.

El lector juzgará si nuestros objetivos se han alcanzado o no. Ya dijo Luis Cernuda que «entre piedras de sombra, de ira, llanto, olvido, alienta la verdad». Quisiera, con todo, llamar la atención sobre el cuidado puesto en la redacción de los capítulos sobre la represión en y después de la guerra. Creo que se justifican ampliamente porque, de unos años a esta parte, se ha recrudecido el número de infrapublicaciones que enfatizan la violencia republicana y disminuyen o suavizan en todo lo posible la barbarie de la franquista. Incluso hay quien todavía se remite a los cálculos de mi buen amigo Ramón Salas Larrazábal, totalmente obsoletos.

En realidad, si se compara el número de víctimas de la represión franquista con las comúnmente aceptadas en el caso alemán (y nadie pretenderá que la dictadura hitleriana fuera suave) la brutalidad relativa de la primera es aparente, salvando lógicamente el período de la segunda guerra mundial. Este se encuentra ensangrentado para toda la eternidad por la Shoah, por las salvajadas cometidas en los territorios ocupados y por la hiperviolencia desatada contra todo tipo de oponentes interiores. La historia de Alemania nunca expiará tales bestialidades.

Aún así hay que andar con algo de cuidado en lo que se refiere al período 1933-1939. Comparar realidades muy distintas entraña siempre un problema pero no nos resistimos a la tentación, hecha con todo tipo de cautelas. A tenor de los datos recogidos por Richard J. Evans, en el primer año completo tras la llegada de Hitler a la Cancillería se registraron 64 condenas judiciales a muerte. En 1934, fueron 74. En 1935, 94. En 1936, 68. En 1937, 106 y en 1938, 67. En total unas 473. Calderilla en comparación con el caso franquista. Los detenidos «políticos» ascendían a 23 000 en junio de 1935 y, tras varias oscilaciones, a 11 265 en diciembre de 1938. Las muertes en Dachau entre 1936 y 1938 fueron las siguientes: 10, 69, 370, en Buchenwald, entre 1937 y 1939, 48 771 y 1235 como mínimo¹. El total es de 2500. No son cifras completas, pero no divergen mucho de las identificadas como finales. Según sir Ian Kershaw hacia 1939 unos 150 000 comunistas y socialistas habían pasado por campos de concentración; 12 000 habían sido condenados por alta traición y unos 40 000 habían sido detenidos por delitos políticos menores².

Las cifras que conocemos del franquismo, y en este particular después de la guerra, no dejan a la dictadura española en buena situación comparativa. Antes al contrario. Las suyas son muy superiores.

Naturalmente, las magnitudes alemanas que anteceden están referidas al terror «regular». Hay que tener en cuenta también el irregular. Del 30 de enero de 1933 al 30 de junio de 1934, es decir, en año y medio, durante el período de imposición de la dictadura hitleriana, se produjeron entre 800 y 1200 asesinatos³. Pues bien, este último número se alcanzó, por ejemplo, en la zona controlada por el general Queipo de Llano

hacia finales de julio de 1936. En menos de quince días. En ambos casos se observa que las víctimas recayeron esencialmente en compatriotas y dentro de las propias fronteras.

Cabría incluso hacer otras comparaciones, entremezclando represión y condiciones de guerra o similares. La que más prontamente se me ocurre es Francia. Nadie dirá que la ocupación alemana, entre 1940 y 1944, fue un lecho de rosas. Hubo una resistencia notable, sobre todo a partir de 1941, que dejó un legado sobre el cual se levantaron varias legitimidades: la de la Francia combatiente de De Gaulle —como muestra de que los mejores jamás renunciaron al combate— pero también la del partido comunista, que exageró notablemente las víctimas entre sus filas. Al igual que en el caso español, es preciso pues andar con tiento a la hora de clasificar las que ocasionó la represión. Se trata de una tarea en la que los historiadores franceses y algunos de otras nacionalidades han invertido mucho tiempo y esfuerzo. Como en España.

La más reciente investigación que conozco ha distinguido entre víctimas de fusilamientos tras condenas a muerte decretadas por un tribunal militar alemán o una jurisdicción francesa (del régimen de Vichy); rehenes fusilados; ejecutados sumaria o arbitrariamente sin mediar juicio alguno y los masacrados, asesinados pura y simplemente por las fuerzas de ocupación o los colaboradores con las mismas. Pues bien, en plena guerra civil entre franceses y de resistencia contra los alemanes, en circunstancias absolutamente abominables y excepcionales, el número de víctimas que pueden atribuirse a las dos primeras categorías ascienden a 3100 y 1434 respectivamente⁴. Muchos, desde luego, pero de nuevo bastante menos que las de la represión franquista entre 1939 y 1948 cuando, no hay que olvidarlo, seguía vigente el estado de guerra. Sin contar los muertos por enfermedad y malos cuidados, respecto a los cuales no hay estimaciones excesivamente fiables.

Si de la dictadura nazi se pasa a la italiana, la comparación es todavía peor para el franquismo. Según Bosworth, en el camino hacia su implantación en 1922 y después, Mussolini liquidó entre 2000 y 3000 oponentes políticos. Al final del fascismo unas 13 000 personas habían sufrido destierros y, en tiempos de paz, término de referencia que es igual que el nuestro, el tribunal especial relevante había impuesto solo nueve sentencias de muerte. De aquí que Bosworth acepte que, en lo que se refiere a la dimensión interna, el régimen mussoliniano, por otra parte tan repelente, fuera infinitamente menos sanguinario que el soviético, el hitleriano o... el franquista⁵.

A ello se añade el hecho de que, a pesar de haber llevado a cabo una acción supuestamente loable y patriótica para salvar a España, los franquistas hicieron todo lo posible para velar sus desmanes, desde el no registro de cadáveres en los cementerios durante la guerra hasta la ocultación de una gran parte de la documentación en que pudiera reflejarse lo sucedido.

El público español en general, y no hablemos de los jóvenes que no llegan a la Universidad, ignora mayoritariamente que la dictadura franquista fue, descontando las víctimas ocasionadas por la guerra mundial en los casos alemán e italiano, la segunda más sanguinaria de Europa, muy por delante de la italiana. Habrá, sin duda, gente que piense que nuestras comparaciones no son válidas, pero hay que tener en cuenta que contraponemos por lo general víctimas de procesos judiciales, aunque fuesen con

garantías mínimas, como las que tuvieron lugar en la zona franquista desde antes de terminar la guerra civil y que se prolongaron hasta 1948. En estas condiciones es, creo, aceptable afirmar que a la dictadura franquista solo le sobrepasó, eso sí, a considerable distancia, la soviética. Obviamente, el terror estalinista de los años treinta, en sus variadas manifestaciones, constituye una salvajada sin paliativos, aunque hay autores, sobre todo soviéticos, que han tratado de explicarla «racionalmente». En mi opinión, el binomio Stalin-Franco o Rusia-España y sus formas respectivas de encarar el pasado sombrío ofrece amplio campo para muchas reflexiones. En ambos casos, y como en toda buena dictadura que se precie, se invirtieron medios considerables en reinterpretar a su conveniencia y según sus necesidades el pasado, ya fuese el próximo o el remoto.

En España, con el advenimiento de la democracia, tal esfuerzo ha resultado al menos baldío en el plano historiográfico o científico. No así en los ámbitos propagandístico, marrullero o populista. La ofensiva «historietográfica» no se ha detenido nunca. Pervive, y a los compases de los cambios y pugnas políticas, sigue coleando. Dedicamos a estos aspectos el epílogo y su coda. Que cada palo aguante su vela. Nosotros pretendemos ofrecer un resumen de los análisis más exactos posible de lo que los historiadores hoy conocemos sobre los aspectos fundamentales de un pasado de sangre y coacción. No se ha rehuído ningún tema básico, por escabroso que sea.

En mi papel de coordinador me ha tocado realizar todos los esfuerzos necesarios para homogeneizar en lo posible las contribuciones, evitar solapamientos y rellenar lagunas. Me he guiado por dos principios.

El primero, la conciencia de que cuarenta años de dictadura de extrema derecha han dejado un poso indeleble en la sociedad española. Esto es, por supuesto, una constatación trivial. En pleno proceso de elaboración de esta obra, el diario El País hizo referencia, en su edición del 20 de diciembre de 2011, a la encuesta llevada a cabo por Metroscopia sobre una muestra de casi 20 000 entrevistas, un número muy amplio en este género de investigaciones. En ella se pidió a los encuestados que se posicionaran en una escala ideológica que iba desde la extrema izquierda a la extrema derecha. Me llamaron la atención los resultados globales: la mayoría se consideró ideológicamente de centro (con todas las ambigüedades en las que sea dable pensar) pero, y este pero tiene su importancia, tras haber pasado una cota de edad de 65 años aumentaban significativamente quienes se autoposicionaban en la extrema derecha.

Los autores de la encuesta notaron, para explicar dicho fenómeno, que podían esgrimirse diferentes argumentos, pero subrayaron que tal grupo lo componían los nacidos antes de 1945 y que acabaron la enseñanza primaria a mitad de los años cincuenta. Es decir, personas que han pasado la mitad de sus vidas bajo el franquismo y cuyos recuerdos de infancia y juventud, así como los procesos de socialización más fundamentales en la vida de un ser humano, estuvieron expuestos a la ideología oficial que se enseñoreaba de todos los medios de comunicación y de «aculturación» política e ideológica. Este grupo de personas, y verosímelmente muchos de sus descendientes, figura entre los más reacios a aceptar los resultados del trabajo de desmitologización efectuado por los historiadores y se encuentra entre los más susceptibles a los lavados de quienes ven en la historia un arma para la lucha política e ideológica del presente.

El segundo principio es la conciencia de que en los últimos años, y en un número reducido de «alcázares», no existe el menor empacho en difundir distorsiones del proceso histórico español. Algunos se identifican en el último artículo de la presente obra. Distorsiones que, por lo general, coinciden con los mitos aducidos durante el franquismo para justificar la sublevación militar de 1936. Esto conlleva una visión maniquea y en blanco y negro de la experiencia política, económica, social previa, del todo congruente con el propósito, ya evidente antes de la sublevación, de deslegitimarla antes de subvertirla. La Universidad española no será un dechado de perfecciones, pero es la mejor que hasta ahora ha tenido España y se ha mostrado bastante impermeable a la aceptación de tales distorsiones, con la excepción de un grupito de autores que denuncian, a veces con malas maneras e insultos personales, a quienes escriben, según ellos, «historia militante». En general, no son especialistas de la represión ni tampoco conocen demasiado experiencias extranjeras.

Al término de esta intensa y compacta aventura intelectual (por cierto, de los cuatro proyectos en paralelo culminé tres, entre ellos el europeo), me sentiría muy satisfecho como coordinador de este libro, interpretando el sentir de todos los que en él han colaborado, si el público (y los jóvenes que serán los ciudadanos que contribuyan a configurar el futuro) resultaran más conscientes de las ambigüedades insertas en toda explicación histórica. Hay quienes miran al pasado y quienes no. Hay quienes, en cumplimiento de su deber científico y ético, aspiran a mejorar el conocimiento de nuestro devenir. Hay quienes se sienten felices ante la idea de que España continúe siendo una curiosa excepción en la experiencia europea, sobre todo occidental.

Lo que ocurre en nuestro país, con la carta blanca que en él se da a cualesquiera versiones, distorsiones o plenas estupideces, es algo muy diferente de lo que ocurrió en otros de pasados no menos sombríos: la Historikerstreit —la querrela de los historiadores— en Alemania, las oleadas que suscitó la «recuperación» de Mussolini en Italia de la mano de Renzo de Felice o la visión relativamente balsámica que durante años se propagó en Francia sobre el régimen de Vichy hasta que la reventó de un trallazo Roben O. Paxton.

Aquí se venden sucesivas ediciones de un librito infumable que presenta a Franco como católico ejemplar y nadie se conmueve. Quizá porque la Iglesia se ha adentrado aceleradamente en su propio proceso regresivo y porque pugna de nuevo por recuperar la preeminencia en la tutela sobre lo que deben saber y creer los sectores que le interesan de la sociedad española.

Si en Hungría o Eslovaquia, también países miembros de la Unión Europea, se observan preocupantes fenómenos de lavado del pasado fascista —todo ello para enlazar con una versión reaccionaria de sus esencias patrias—, en España habrá que seguir atentos a que universitarios de escasa fiabilidad, periodistas de medio pelo y divulgadores carentes del menor sentido del bochorno no queden sin respuesta. No sea que nos vaya a pasar lo que en Chile, donde se ha pensado con toda seriedad en edulcorar oficialmente la dictadura del general Pinochet caracterizándola como «régimen militar».

Es preciso, pues, no cejar en los esfuerzos de poner a la historiografía española a un nivel comparable al de nuestros homólogos en los países que siempre han sido nuestra referencia. En ese combate por la historia nos alineamos todos los que hemos colaborado en la presente obra y están muchos otros que en las aulas escolares y universitarias velan porque a las nuevas generaciones no se les sigan suministrando pociones mágicas e informaciones que, simplemente, no son historia.

¿Podremos romper el tradicional círculo vicioso? ¿Sentar las bases para que los historiadores del futuro miren complacidos hacia nuestro tiempo? No todo depende de la educación, pero sí en una medida muy importante. Ciudadanos conscientes del pasado de su sociedad, de todo su pasado, no son fácilmente manipulables. Tampoco bajo argumentos de autoridad vacíos.

Esta obra se concibió bajo la invocación del gran poeta Jaime Gil de Biedma cuando afirmó que «de todas las historias de la Historia, sin duda la más triste es la de España, porque termina mal». En nosotros, en todos nosotros, está que el ciclo quede definitivamente roto.

23 de febrero de 2012

(XXXI aniversario de un día de infamia)

Notas

¹ *The Third Reich in Power, 1933-1939. How the Nazis won over the Hearts and Minds of a Nation*, Penguin Books, Londres, 2005, pp. 70, 87s, 90.

² *The Nazi Dictatorship. Problems and Perspectives or Interpretation*, 4.ª edición, Arnold, Londres, 2000, p. 208.

³ Con datos de una variedad de fuentes fiables en www.de.wikipedia.org, «Mordopfer des nationalsozialistischen Terrors während der Machteroberungsphase, 1933-1934».

⁴ Jean-Pierre Besse y Thomas Pouty, *Les fusillés. Répression et exécutions pendant l'Occupation (1940-1944)*, Les Éditions de l'Atelier/Éditions Ouvrières, París, 2006, pp. 11-13 y 181-182. Stéphane Courtois y Marc Lazar, *Histoire du Parti communiste français*, 2.ª edición actualizada, PUF, París, 2000, p. 226, elevan el número de las víctimas francesas de los nazis a 23 000 personas en total sin dar explicaciones ni, mucho menos, hacer desglose alguno. Lo citamos como lo que podría ser un tope máximo pero sin las garantías del trabajo de Besse y Pouty

⁵ R. J. B. Bosworth, *Mussolini's Italy. Life Under the Dictatorship*, Penguin Books, Londres, 2006, pp. 1 y 242.